

COMO AGUA

por José Luis ACQUARONI

«Derramaron como agua la sangre de los inocentes.»

L. de los Salmos (LXXVIII, 3).

QUIENES tienen la recomendable y sana costumbre de ponerse ropa limpia los sábados por la tarde mientras rezan un «Bendita sea tu pureza...», o de llevar a día la tabla del Campeonato de Liga o de los Jubileos, o de dar a los hijos complejos vitamínicos a fecha fija, quizá no puedan comprender esto de que la mayoría de las veces la sangre se derrama como agua. Seguramente si a los del cumplido aseo sabatino, la atención a las tablas de la piedad y del deporte o a las vitaminas con vencimiento como las letras de cambio, se les hablara de raptos de tiernos e inocentes niños por viejas solteras perversas, de alevosos sacamantecas de chorreantes fauces, de alfanjes sobre el cuello de los inocentes..., o simplemente se les mostrara el conejillo confiado al que el escopetazo dejó la boca llena de sérpulos a medio roer, seguramente que se les metería el corazón en un pufo. Pero la mayoría de las veces la sangre se derrama como agua, porque la mayoría de las veces, la sangre, bien mirada, puede no verse.

La niña Dolorcitas era lo más seguro que fuese a derramar su sangre como agua. A la niña Dolorcitas, morenucha, delgadita y con unos hermosos ojos negros de inquieto e interrogante mirar, le habían prometido comprarle aquella mañana una peñilla encarnada, de las de friso moteado con falsos brillantes, como ella la quería. No era esta la primera vez que a través de Encarna, su vecina, le llegaba algún regalo, aunque hasta entonces cuanto le viniera de sus manos habían sido cosas sin importancia: una cajeta de latón, abollada, en cuya tapa se podía leer todavía «Dulce de membrillo, Puente Genil»; un pendiente de abalorio, deshermanado; unos cintajos de colorines, un abanico con la ruleta del amor, en el que el número 17 decía: «Rubio de ojos verdes.» En la cajeta de latón, Dolorcitas guardaba los cintajos, el pendiente, el abanico y unos túrgidos y alisados caracollitos de la mar, que iba coleccionando en sus correrías por la playa con la Encarna, y que, según una

vieja vecina, servían para curar empeines y otras asperezas de la piel.

De las cosas regaladas últimamente por Encarna, lo que más le había ilusionado a la niña Dolorcitas —y por eso merece mención aparte— era un par de zapatos de tacones altos y socavados —que, naturalmente, le venían enormes y solo los utilizaba en el patio de la casa y para jugar con otras niñas de su calle—, pertenecientes, en sus días de buen ver —queremos decir el buen ver de los zapatos— a la señorita Julia, la hermana del boticario del Barrio Alto, en cuya casa la Encarna había servido durante tres días, al cabo de los cuales, y como resoplaba mucho y se fatigaba en el trajín —la Encarna padecía de pólipos— y hasta, según decían, le olía mal el aliento y no podía servir a la mesa, la hicieron unos regalos de trapillos y la mandaron para casa.

Aparte estas atenciones, hay que reconocer que la Encarna se portaba bien con la niña Dolorcitas. De algún tiempo a esta parte la llevaba todas las noches al cine; que la Encarna iba todas, todas las noches —siempre a la sesión de las siete—, sin faltar una. En el cine, y vaya usted a saber por qué, la Encarna procuraba colocarse siempre en la última grada —en el pueblo de la Encarna, y no siendo día de mucha bulla, los asiduos, ya de butaca o de gallinero, se permitían tener sitio fijo en el cine, como en la misa mayor—, en el rincón de la empalizada que separaba de los ventanillos por donde salían los mágicos haces de luz, y en cuanto veía venir el beso final, se apresuraba a lanzarse escaleras abajo; prisas que la niña Dolorcitas no comprendía, ya que luego la Encarna se estaba remoloneando por el vestíbulo, haciendo que mirara y remirara las fotografías y los carteles, media hora lo menos. Mientras se andaba de un lado para otro el vestíbulo, a la Encarna siempre le decían alguna barbaridad.

Los domingos, el cine se ponía de bote en bote, y ese día la Encarna ni encontraba libre su puesto en la grada ni tenía que entretenerse tanto a la salida. La dominguera parroquia del cine solía estar formada principalmente por mozos hechos al sol y al cansancio de la inacabable jornada campesina, y era natural que el día de asueto salieran de aquellas oscuridades con la misma inclinación que

GRAN PREMIO TRIUNFO

los cuervos pípiolos, que sobre la primera carne que ven se abaten.

La noche antes, aprovechando la carga cerrada de la salida del cine, por la estrecha escalera de gradas se le acercó a la Encarna Cipriano, el dueño de la tienda de ultramarinos de su calle:

—Muchacha, ¿puedo verte mañana?

—¿En dónde?

—En el mismo sitio del otro día, y a las doce.

La niña Dolorcitas, de la mano de la Encarna, y entre los empujones, alzó la mirada al oír la voz de Cipriano. Al sentir la mirada de la niña, Cipriano, así como escupiendo por el colmillo y en voz baja, le dijo:

—Y a ti te compraré la peinilla encarnada que querías.

La Encarna, que vivía, patio de vecindad por medio, frontera a Dolorcitas, le había dicho la noche antes que la recogería «a las once y media». Hablar de horas, y más de fracciones de horas, era lenguaje tan desusado entre los vecinos de aquel patio, que Dolorcitas así lo entendió, como entendía muchas otras cosas en la vida. Ni entendía ciertas cosas ni tenía ya por qué pedir sobre ellas aclaración. ¿Para qué? A sus ocho años, la niña Dolorcitas empezaba casi a tener conciencia de que en la vida, el conocimiento va llegando como en barruntos, con sus más o menos desasosegantes períodos de incubación; como llega la escarlatina o el primer e inevitable brote tuberculoso, y que todo es una pura cuestión de medio y de contagio. A la niña Dolorcitas no se le alcanzaba todavía que la mayoría de las cosas no empezamos a entenderlas sino cuando ya estamos pasando sobre ellas: que la experiencia es ajoba para alforjas, y las alforjas —ya se sabe— no hay otra forma de portarlas si no es con la carga bien terciada, una bolsa a la espalda y la otra sobre el corazón. Y si también es verdad que en la vida a todo se llega por sus pasos contados, no lo

es menos que el toque está en que las veredas son muy desiguales, y para unos se cortan a pico nada más echaron a andar, mientras que para otros resultan de accidentes suaves, cuando no lisas y francas como la palma de la mano.

Lo cierto era que a la Encarna le habían dicho a las doce, y como empezaba a olisquearse que en el oficio la puntualidad debía de ser cosa importante, precavida, advirtió a la niña Dolorcitas que la recogería media hora antes. Para distraer la posible espera y luego el entretanto, la Encarna se llevó su muñeca de trapo, esa muñeca que cualquier día acabaría regalándole a la niña Dolorcitas, por miedo a la sentencia de cierta señora que un día le dijera: «Muchacha, que el jugar con muñeca trae preñez segura.»

La Encarna —cosa no demasiado corriente, pero que tampoco es para extrañarse— prefería las horas de sol. Le exigían un mayor esfuerzo, porque había que andar y andar hasta alejarse del pueblo casi una legua, hasta las ruinas del castillo, al final de la playa, y ya hemos dicho que la chica respiraba con ciertas dificultades. Pero ella pensaba que con sol arriesgaba menos. Además, para disimular, procuraba hacerse acompañar por la niña Dolorcitas. Y ya veis cómo ese retroceso ético que se achaca en las grandes ciudades al noctambulismo —como si las habas, además de en todas partes, no se conociesen también a todas horas—, justamente por desafiador de las bellezas de la naturaleza, es de todo punto infundado. La Encarna, cuando ejercía su gajo, y tan reciente, oficio de pelota, solía tener ante sus ojos el más resplandeciente de los soles, el más azul y limpio de los cielos, el más hermoso de los mares..., circunstancias todas que no le movían al temor y al remordimiento, ni siquiera al negro de sus uñas.

Llevaba la Encarna a la niña Dolorcitas de la mano, como siempre, cuesta de Belén abajo, camino de la playa. Al llegar a la plazoleta, bulliciosa a aquella hora, con el templete del urinario público presidiendo la profusión de puestos callejeros,

la niña Dolorcitas arrastró a la Encarna hacia uno de los tenderetes de baratijas:

—Mira, Encarna; esta es, ¿ves? La roja es la que me gusta, la roja...

—Sí, niña; ya te he dicho que si te la va a regalar él, pero a la vuelta...

La niña Dolorcitas, siempre de la mano de la Encarna, al columbrar el mar al fondo de la última calleja del pueblo y entre el verde de las morenas de la avenida, hizo sonar los caracoles de su cajeta y pareció ponerse contenta.

Por el centro del polvoriento y solitario paseo, bajo la caligine del mediodía, la joven mujer y la niña, siempre enlazadas de la mano, parecían únicos habitantes de la tierra. Así, al menos, las veía el hombre, que al final del paseo y a la sombra de una chaparrada palmera esperaba.

La joven mujer y la niña, aprovechando la firmeza de la fraguada arena de la orilla, aligeraron el paso, camino de la fortaleza derruida. El hombre se levantó y las siguió a distancia. La brisa esmerilaba el mar a trechos y con una absoluta veleidad.

Al llegar a la proximidad de las ruinas del castillo, la joven mujer dijo a la niña:

—Tú espérame allá arriba, como otras veces, que en seguida vuelvo.

Y la niña Dolorcitas, como otras veces, trepó un par de dunas de la parte alta de la playa y desapareció. Unos segundos después, y también como veces anteriores, la niña Dolorcitas subió a gatas el parapeto de arena, hasta asomar su cabellera morena y sus ojos de triste mirar. Alcanzó a ver cómo el hombre doblaba el pétreo escondrijo y se perdía de vista.

Entonces, la niña Dolorcitas bajó de su atalaya y comenzó a fabricar el un lecho de arena a la muñeca de trapo. El colosoma o escarabajo asesino se fue aproximando lentamente hasta cruzar con su doble y perfecto respunte la almohada del lecho de la muñeca. Con un junco marino, la

niña azuzó al indefenso insecto para que completara su bordado en las direcciones que la niña quería, pero el escarabajo no se dejaba guiar. Cogió entonces un puñado de arena y lo hizo llover sobre el negro y brillante animalaje, que surgió a poco a la superficie. Le gustó el juego, y volvió a repetirlo. El escarabajo asesino salía siempre a la luz del sol, braceando su desesperación. Pero el pensamiento no lo tenía la niña Dolorcitas puesto en la muñeca, ni en los caracoles, ni en el escarabajo, ni aun siquiera en la peinilla encarnada de friso moteado de brillantes falsos..., y volvió a trepar hasta lo alto de la duna, quedándose recostada, la cabeza sobre la mano, la mirada puesta en el montón de muros derruidos de la fortaleza antigua. La mirada de la niña Dolorcitas era vaga e interrogante como una torre en el viento. La mirada de la niña Dolorcitas era ciega y adivinadora como el permanente inquirir de la sangre dentro de las venas. Y su morenucha y pajiza cara, con la barbilla al ras de la arena de la duna, pareció ponerse por unos momentos entreveradamente arbolada: la sangre, que insensiblemente, sin herida aparente, pujaba ya por abrirse camino y que cualquier día, de no mediar el milagro, comenzaría a verterse como agua, sin remedio, sin aparato alguno.

Cuando la niña Dolorcitas vio aparecer por la esquina del derruido muro y sobre la reverberante mar del mediodía sureño a la Encarna y a su acompañante, entonces se volvió a acordar de la peinilla encarnada que habían prometido regalarle al regresar al pueblo, y se puso alegre y se dio a correr y saltar como lo que era, como una niña. Luego cogió un canto de la orilla y lo lanzó al mar. El hombre, distante todavía, hizo otro tanto que la niña, y ambas piedras cayeron juntas e hicieron saltar el agua casi al mismo tiempo.

Hasta los hay —y perdón, Cipriano, por el mal pensamiento— que gustan eriar y ver crecer en el banca del huerto propio la verdolaga para la ensalada que un día han de comerse.

